

El surgimiento del adventismo negro

Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra. Hechos 17:26.

El acercamiento adventista a los afroamericanos tuvo un comienzo lento, en parte debido a que el adventismo era una iglesia nortea, en una nación acerbamente dividida por la esclavitud y la raza. Casi toda la gente de raza negra, en las décadas intermedias del siglo XIX, vivían en el sur; y ni siquiera la evangelización de nuestra iglesia entre los blancos de esa región tuvo mucho impulso hasta fines de la década de 1870 y comienzos de la de 1880.

No era que el adventismo primitivo no estuviese preocupado por la difícil situación de los afroamericanos; al contrario, la nueva iglesia fue abolicionista desde su nacimiento, al sostener que la esclavitud africana era el mayor pecado estadounidense. Elena de White había aconsejado desobedecer la Ley de Esclavos Fugitivos aprobada en el orden federal, aunque significara ir a prisión. Y dirigentes sabatarios como J. P. Kellogg (padre de John Harvey y Merritt G.) y John Byington (primer presidente de la Asociación General) habían dirigido estaciones del Ferrocarril Subterráneo en sus fincas, con la intención de ayudar a los esclavos a huir del sur y alcanzar la libertad en Canadá.

Después de haberse alcanzado la libertad de los esclavos durante la Guerra Civil, la Asociación General, en 1865, reconoció que "ahora hay un campo abierto en el sur para trabajar entre la gente de color, y debería ser penetrado según nuestras capacidades". Lamentablemente, la capacidad de la iglesia en términos financieros y de personal era muy limitada.

Los primeros adventistas del séptimo día de color, probablemente, estaban en el norte, pero tenemos poco conocimiento sobre su identidad. No fue sino hasta que la iglesia comenzó a penetrar en el sur que encontró gente de raza negra en cualquier cantidad y, además, en una situación de segregación.

Durante la década de 1870, varios adventistas hicieron esfuerzos para ayudar a los ex esclavos a recibir una educación básica. Se dio un paso importante cuando R. M. Kilgore llegó a Texas con el fin de ayudar a organizar iglesias en una zona racialmente enfervorizada. Varias veces enfrentó amenazas de linchamiento, y en una ocasión alguien quemó su tienda de campaña.

Incluso predicar a la gente era problemático en el dividido sur. Una propuesta era hablar a los blancos y a los negros desde una puerta que separaba sus respectivas salas. Los congresos de la Asociación General de 1877 y 1885 debatieron el problema de si crear iglesias separadas para ambas razas o no, siendo que la mayoría de los oradores creía que hacer eso no sería cristiano. Pero, cuando los evangelistas intentaban predicar a grupos mixtos en el sur, los blancos y, a veces, los negros boicoteaban las reuniones. ¿Qué hacer?

Señor, los seres humanos hemos hecho un verdadero desastre de la cuestión racial. Ayúdanos a entender que somos un solo pueblo. Y ayúdanos, como cristianos, a ir más allá de los prejuicios de nuestras culturas.

Conozcamos a Charles M. Kinny

Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Gálatas 3:28.

Charles M. Kinny (o Kinney) se convirtió en el primer pastor afroamericano adventista del séptimo día ordenado. Nacido como esclavo en Virginia en 1855, después de la Guerra Civil, siendo un niño de diez u once años, se desplazó hacia el oeste con un grupo de ex esclavos, con la esperanza de encontrar mejores oportunidades en los territorios recientemente abiertos. Y Kinny hizo exactamente eso.

El momento crucial en su vida llegó en 1878, cuando asistió a una serie de reuniones evangelizadoras conducidas por J. N. Loughborough en Reno, Nevada. A su término, Kinny, presumiblemente el único negro, llegó a ser uno de los siete miembros fundadores de la nueva congregación de Reno.

Mientras la serie de Loughborough todavía estaba en plena marcha, Elena de White visitó Reno, y el 30 de julio predicó ante una multitud de cuatrocientas personas sobre las palabras de Juan: "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él". Ese texto y el sermón, que satisfacía sus implicaciones, ofreció a Kinny la seguridad y el coraje que le permitieron avanzar en la vida.

Su vida como esclavo errante había sido incierta, pero en el adventismo había descubierto a una familia enriquecedora. Los miembros de Reno, al percibir su dedicación, lo eligieron como primer secretario de iglesia. Pero, vendrían cosas mejores. La Asociación de California le ofreció el cargo de secretario de la Sociedad Misionera y de Tratados. Después de triunfar en eso, la Asociación de California llegó a un acuerdo, en 1883, con los miembros de la iglesia de Reno, para becar a Kinny, a fin de que estudiara en el Healdsburg College, recientemente fundado.

Al final de dos años de estudio, los dirigentes de la iglesia lo enviaron a Topeka, Kansas, en 1885, para iniciar obra entre la creciente población de color de esa ciudad. En 1889, la Asociación General lo trasladó a Louisville, Kentucky, y fue ordenado al ministerio ese mismo año. Por más de dos décadas, Kinny trabajó en toda la región superior del sur, organizó iglesias de negros y se convirtió en el primer portavoz adventista importante de las aspiraciones afroamericanas.

Como tantas cosas en el adventismo, la década de 1890 fue testigo del gran avance de la obra entre los negros gracias a la inventiva de Edson White y a la creación de una escuela en Oakwood.

Señor, estamos impresionados por lo que hiciste con la vida de Charles M. Kinny. Toma nuestra vida hoy, y permite que seamos una bendición para los demás. Amén.

Paladines de la temperancia

¿Para quién será el ay? ¿Para quién el dolor? ¿Para quién las rencillas? ¿Para quién las quejas? ¿Para quién las heridas en balde? ¿Para quién lo amaratado de los ojos? Para los que se detienen mucho en el vino. Proverbios 23:29, 30.

Una de las grandes cruzadas de los Estados Unidos del siglo XIX fue el movimiento pro temperancia, que tenía como objetivo la ilegalización del uso y la venta de bebidas alcohólicas. Lyman Beecher, uno de los predicadores más influyentes de la Nación, creó el movimiento en 1825. “La intemperancia”, dijo a voz en cuello, “es el pecado de nuestro país [...] y si hay algo que frustrará las esperanzas del mundo [...] es ese río de fuego”. Beecher siguió exigiendo una corrección nacional, mediante la prohibición de bebidas fuertes como artículo comercial.

Para cuando el adventismo había llegado a su adolescencia, en la década de 1870, la campaña general de temperancia se había ampliado: incluía la abolición y todas las bebidas alcohólicas. La joven iglesia propugnaba activamente a los candidatos de la temperancia, y Elena de White estaba tan interesada en el asunto que hasta sugirió la medida, sin precedentes, de ir a las urnas y votar en sábado por los proponentes de la temperancia.

A lo ancho de los Estados Unidos y finalmente alrededor del mundo, el adventismo ofrecía sus oradores y sus propiedades a fin de ayudar en la cruzada contra el alcohol. En 1874, por ejemplo, los adventistas cedieron sus dos grandes carpas evangelizadoras para una serie de reuniones que propugnaban el cierre de los 135 bares de Oakland, California, sede del programa de publicaciones del adventismo en la costa oeste. Esa cooperación llevó a los adventistas a una relación de trabajo con el “alcalde de la ciudad, varios clérigos, uno de los periódicos locales, y varios de los principales ciudadanos y empresarios [...]”. Después de organizarse bien, la comisión ejecutiva planificó una serie de reuniones masivas, que se llevaron a cabo en nuestras espaciosas carpas. Trabajaron día y noche, hasta que toda la ciudad despertó a la acción”.

El resultado fue una “gloriosa victoria”, de la que los adventistas recibieron parte del reconocimiento en los titulares de los periódicos.

Elena de White estaba al frente de los adventistas en la temperancia y, a menudo, hablaba frente a audiencias no adventistas en los Estados Unidos, Europa y Australia. En 1879, los adventistas del séptimo día habían formado la Asociación Norteamericana de Salud y Temperancia, bajo el liderazgo de John Harvey Kellogg.

La cruzada de la temperancia un método que Dios usó para abrir el camino con el fin de que la iglesia tuviese un mayor impacto en la cultura de su época. ¿En qué movimientos de reforma deberíamos (o debería) estar involucrados hoy?

El fin de una era

Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre. 1 Pedro 1:24, 25.

Entre 1872 y 1881, la Iglesia Adventista del Séptimo Día vería pasar al descanso a dos de sus fundadores. El primero fue José Bates, que falleció en el Instituto de Reforma Pro Salud de Battle Creek el 19 de marzo de 1872, poco antes de cumplir ochenta años. El anciano reformador de la salud había seguido un programa intenso casi hasta el fin. El año anterior a su muerte, realizó al menos cien reuniones públicas, además de las de su iglesia local y de las asociaciones a las cuales asistió.

El viejo guerrero concurrió a uno de los congresos de la Asociación General un año antes de su muerte. “La reunión anual”, informó eufóricamente, “fue de profundo interés para la causa. Fue alentador escuchar lo que se ha logrado el año anterior, y enterarnos de las amplias oportunidades para la obra misionera, y los llamados urgentes y acuciantes para la tarea ministerial en todo el amplio campo de cosecha”. Desesperadamente, Bates deseaba responder al llamado, pero no podía.

Asistió a su último congreso dos meses antes de fallecer, y cerró con una oración: “Oh, Señor, en el amado nombre de Jesús, ayúdanos, con este querido pueblo, a cumplir con nuestra sagrada promesa, y que todo tu pueblo remanente que espera también entre en pacto contigo”.

Mientras que Bates gozó de buena salud hasta el final, no puede decirse lo mismo de Jaime White. El exceso de trabajo había disparado una serie de ataques debilitantes, que comenzaron a mediados de la década de 1860. Dada la condición de su salud, es absolutamente asombroso todo lo que siguió realizando. Falleció el 6 de agosto de 1881, dos días antes de cumplir sesenta años.

Elena estaba destrozada. “Estoy totalmente convencida”, escribió a su hijo Guillermo, “de que mi vida estaba tan entrelazada, o entretejida, con la de mi esposo que me resulta casi imposible sentir que valgo algo sin él” (*Carta 17*, 1881).

Dieciséis años después, escribió: “¡Cuánto lo echo de menos! ¡Cómo anhelo sus palabras de consejo y sabiduría! ¡Cómo anhelo escuchar sus oraciones mezcladas con mis oraciones, para pedir luz y dirección, para pedir sabiduría a fin de saber cómo planificar la obra!” (*MS 2*: 296).

Allí es donde entra en juego la esperanza adventista. Junto con Elena, nosotros también esperamos saludar aquella mañana de la resurrección no solo a su esposo y a Bates, sino también a nuestros seres queridos.

Nuevos comienzos

Escudriñemos nuestros caminos, y busquemos, y volvámonos a Jehová. Lamentaciones 3:40.

El período que va de 1885 a 1900 fue de muchos cambios radicales en la historia adventista. La iglesia enfrentaría cambios enormes en casi cada aspecto de su identidad. Tanto es así que, para comienzos del nuevo siglo, parecía otra cosa, y no lo que había sido antes.

A la cabeza de la lista estaba el gran cambio de fondo de la teología adventista que finalmente emanó del Congreso de la Asociación General de Minneapolis, Minnesota, en 1888. Motivó un llamado a una predicación más cristocéntrica, puso a Cristo como el punto focal de la predicación adventista como nunca antes y llevó a un énfasis en la salvación por la gracia mediante la fe, que la iglesia llegó a ver como *justificación por la fe*. El énfasis anterior en la Ley no desapareció, sino que fue reorientado para ocupar su lugar correcto en el plan de salvación.

El nuevo enfoque en Cristo y en su justicia también vio surgir nuevas personalidades al frente del adventismo. De especial importancia fueron Alonzo T. Jones, Ellet J. Waggoner y W. W. Prescott. Jones y Waggoner llegaron a ser los predicadores adventistas más destacados en la década de 1890, y dominaron, por ejemplo, el púlpito en cada uno de los seis congresos de la Asociación General entre 1889 y 1899. Y, para fines de la década, Jones sería el editor de la *Review and Herald*, uno de los puestos más influyentes de la iglesia en ese entonces.

La década de 1890 también fue testigo del comienzo de una transformación en las creencias adventistas acerca de la Deidad. Al fin y al cabo, cada vez que empezamos a hablar de la salvación a través de Cristo, tenemos que tener un Salvador y un Espíritu Santo adecuados para la tarea.

Junto con la reforma en la teología adventista, habría una explosión en el programa misionero de la iglesia, que finalmente la enviaría a “toda” nación. En 1900, la Iglesia Adventista del Séptimo Día verdaderamente era mundial.

Otro aspecto del enorme cambio fue el educativo. La reforma teológica y la explosión misionera llevaron a la transformación del sistema educativo de la iglesia, en su orientación y en su importancia relativa en ella.

El cambio pudo haber sido doloroso, como descubrieron algunos. Pero, también era esencial.

Danos mentes abiertas, oh Dios, al vislumbrar las transformaciones del pasado y a medida que nos llevas hacia el futuro.

Nuevos temas -1

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. Efesios 2:8.

En 1850, los adventistas sabatarios estaban entusiasmados con las nuevas verdades que habían hallado. Nunca dejaron de hablar, de escribir ni de predicar acerca de esas doctrinas que los hicieron resaltar como pueblo distintivo: la Segunda Venida literal, visual y premilenial; el ministerio de Cristo en el Santuario celestial, en dos fases; el día de reposo sabático, en su contexto del tiempo del fin; y la inmortalidad condicional. Al ser vistas a través del prisma del mensaje de los tres ángeles de Apocalipsis 14, esas doctrinas conformaban un poderoso conjunto teológico que valía la pena proclamar.

A esta altura, debemos reconocer que los adventistas, en realidad, sustentaban dos conjuntos de creencias. La primera categoría incluía doctrinas que *compartían* con los demás cristianos, como la salvación por gracia solo mediante la fe, la importancia de la Biblia como el único determinante de la verdad doctrinal, el papel histórico de Jesús como el Salvador del mundo, el poder de la oración intercesora, etc.

La segunda categoría doctrinal consistía en aquellas doctrinas que lo hacían un grupo de personas diferentes; creencias que los *separaban* de los demás cristianos, como el sábado y la enseñanza del Santuario celestial.

Dado que los adventistas del siglo XIX vivían básicamente en una cultura cristiana, tendían a no enfatizar lo que compartían con otros cristianos. Al fin y al cabo, ¿por qué predicar la gracia salvífica a los bautistas o la importancia de la oración a los metodistas, cuando ellos ya creían en esas enseñanzas?

Lo importante, según ellos, era presentar esas verdades adventistas distintivas que los demás necesitaban oír y aceptar.

Como resultado, cuando entraban en una población o una ciudad nueva, conseguían el mejor lugar de reuniones, a veces el auditorio de una escuela, y luego desafiaban al predicador más destacado de la zona a un debate público acerca de cuál es el día de reposo, o sobre qué es lo que sucede con una persona cuando muere.

¿Alguna vez pensaste en tu sistema de creencias y cómo encajan unas con otras? ¿O, incluso, si es bíblicamente válido?

Deberías hacerlo. Cada uno de nosotros es responsable de saber por qué somos cristianos y por qué somos adventistas. Te desafío hoy a profundizar el estudio personal de la Biblia.

Nuevos temas -2

Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Mateo 16:16.

Ayer vimos que los primeros predicadores adventistas creían que debían concentrarse en aquellos temas que los distinguían, como el día de reposo sabático, y no en aquellas doctrinas que compartían con los demás cristianos.

Su método de entrar en una comunidad y desafiar a un pastor destacado a un debate público parecía funcionar; al fin y al cabo, sin televisores, el mejor espectáculo en un pueblo chico tal vez fuese el de dos predicadores discutiendo sobre cómo sufre la gente en el infierno. De todos modos, los evangelistas adventistas no parecían haber tenido ninguna dificultad para reunir a una multitud con el fin de que escuchara su mensaje.

Pero, después de cuarenta años de enfatizar las verdades adventistas distintivas en una atmósfera de debate en detrimento de las doctrinas cristianas generales, esto tuvo dos efectos perjudiciales. Primeramente, produjo algunos adventistas bastante combativos; rasgo de la personalidad que inquietó a la iglesia en los acontecimientos relacionados con las reuniones de 1888.

Más allá de eso, cuatro décadas de enfatizar demasiado las enseñanzas distintivas y de descuidar las doctrinas compartidas llevó a una disyuntiva entre el adventismo y el cristianismo básico. A mediados de la década de 1880, el tema había alcanzado proporciones problemáticas. La iglesia había hecho un excelente trabajo al predicar lo que era adventista en el adventismo, pero había perdido de vista el conjunto más amplio, que hacía que el adventismo fuese cristiano.

El adventismo necesitaba corregir el rumbo. Dos hombres relativamente jóvenes de la parte oeste de los Estados Unidos, A. T. Jones y E. J. Waggoner, comenzaron esa corrección. Al principio, parecía que Jones y Waggoner estaban haciendo un ajuste doctrinal, al dar un lugar mayor a Cristo y la fe dentro de la teología adventista, y un papel menos destacado a la Ley.

Pero, los dirigentes de la iglesia G. I. Butler y Urías Smith veían esa "corrección" como un gran terremoto teológico. Consideraban que las nuevas enseñanzas eran un derrocamiento del adventismo histórico, con su énfasis en la Ley y las obras.

Como resultado, lucharon contra ella con todas sus fuerzas; que no eran pocas, dado el hecho de que tenían influencia directa sobre los predicadores de la iglesia, que todavía apenas contaba con unos 25.000 miembros en el ámbito mundial.

Señor, ayúdanos a aprender de nuestra historia lecciones de equilibrio teológico en nuestro caminar contigo.

Nuevos temas -3

Como el agua fría al alma sedienta, así son las buenas nuevas de lejanas tierras. Proverbios 25:25.

En 1886, los bandos de la lucha teológica adventista que se avecinaba eran bastante visibles. Por un lado, estaban G. I. Butler, el presidente de la Asociación General, y Urías Smith, secretario de la Asociación General. Por el otro, estaban los dos editores recién llegados del oeste: A. T. Jones y E. J. Waggoner.

Parece que la única participante destacada del conflicto trató de permanecer neutral, para poder trabajar con ambas partes. Sin embargo, a comienzos de 1887, Elena de White comenzó a inferir que los hombres más jóvenes estaban siendo tratados injustamente, en una lucha desigual; pero que ellos tenían algo que enseñar, que la Iglesia Adventista del Séptimo Día necesitaba desesperadamente oír. Por lo tanto, para abril de 1887, ella se había dedicado a asegurarse de que Jones y Waggoner consiguiesen una audiencia en el Congreso de la Asociación General de 1888.

Después de todo, fue Elena de White la que reveló con mayor claridad la verdadera importancia del mensaje de 1888 de Jones y Waggoner. Su tema principal se centró en la reinterpretación de parte de Apocalipsis 14:12: "Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús".

Ese pasaje es el texto central de la historia adventista. Contiene el último mensaje que daría Dios al mundo antes de la Segunda Venida, que es representado como algo que ocurre en los versículos 14 al 20.

Lo interesante es que ambos bandos de la lucha adventista en torno a 1888 se centran en Apocalipsis 14:12; pero enfatizaban diferentes partes del versículo. Los tradicionalistas ensalzaban "los Mandamientos de Dios", mientras que los reformadores enfatizaban "la fe de Jesús". De las reuniones de Minneapolis, surgió una nueva interpretación de Apocalipsis 14:12, que cambiaría para siempre la forma de la teología adventista.

Elena de White sufrió por apoyar a Jones y Waggoner. En diciembre de 1888, recordó el Congreso de la Asociación General que hacía poco había concluido y declaró: "Mi testimonio fue ignorado, y nunca en mi vida [...] me trataron como en ese congreso" (*Carta 7*, 1888).

Algunos creemos que en los "buenos tiempos de antaño" todo andaba bien en la iglesia. ¡No es así! Ahora tampoco es así. Las personas buenas se enojan unas con otras, y necesitan orar para que Dios las perdone.

Nuevos rostros: conocamos a E. J. Waggoner

Y les dijo: Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada. Marcos 14:24.

Ellet J. Waggoner era el más joven de los participantes más destacados del Congreso de la Asociación General de 1888. Nacido en 1855, era hijo del pastor J. H. Waggoner, a quien ya conocimos.

Ellet obtuvo una maestría en la ciudad de Nueva York en 1878, pero nunca encontró la satisfacción deseada en la práctica médica. Como resultado, entró en el ministerio, y recibió una invitación como asistente editorial de la *Signs of the Times* en 1884.

La crisis teológica más importante en la vida del joven Waggoner ocurrió en una reunión campestre en Healdsburg, California, en octubre de 1882. Durante un sermón, experimentó lo que denominó una “revelación bíblica extra”.

“De repente”, informó, “brilló una luz a mi alrededor y, para mí, la carpa estaba mucho más iluminada que si estuviese brillando el sol del mediodía, y vi que Cristo pendía de la cruz, *crucificado por mí*. En ese momento, tuve mi primer pensamiento positivo, que llegó como un diluvio abrumador: que Dios *me* amaba, y que Cristo murió *por mí*”.

Waggoner “sabía que esta luz [...] era una revelación directa del Cielo”. Por lo tanto, resolvió allí mismo que “estudiaría la Biblia a la luz de esa revelación”, para poder “ayudar a otros a ver la misma verdad”. Debido a ese plan, señaló, “cada vez que acudí al Libro Sagrado, hallé a Cristo definido como el poder de Dios para la salvación de las personas, y nunca encontré nada más”.

Fue la “visión” de Waggoner la que finalmente lo guió a un estudio en profundidad del libro de Gálatas. Dado su punto de partida, no es de extrañar que encontrara el evangelio en Gálatas. Ese descubrimiento le daría protagonismo en el adventismo durante la última parte de la década de 1880. Esto, también, lo prepararía para la confrontación directa con los dirigentes de la Asociación General, G. I. Butler y Urías Smith, en el Congreso de la Asociación General de 1888.

Como veremos, E. J. Waggoner fue el más gentil de los hombres que participaron de los acontecimientos que giraron en torno de las nuevas enseñanzas de la era de 1888.

La experiencia de Waggoner le dio forma a su vida. Una “visión” de la justicia de Cristo siempre transforma nuestros pensamientos y nuestra manera de actuar. Cada día necesitamos preguntarnos si nuestro adventismo ha sido bautizado por la luz de la cruz.

Nuevos rostros: les presento a A. T. Jones

Aunque un ejército acampe contra mí, no temerá mi corazón. Salmo 27:3.

“¡Muerto para el mundo, y vivo para ti, oh, mi Señor!”
 Con esas palabras y con las manos en alto, el sargento Alonzo T. Jones se levantó de la tumba bautismal en Walla Walla, territorio de Washington, el 8 de agosto de 1874. Durante semanas había estado “buscando fervientemente al Señor”, y pocos días antes había recibido “pruebas vividas de los pecados perdonados”. Carismático, enérgico, dramático, apuesto y con tendencia a irse a los extremos, Jones se convirtió en una figura destacada en los círculos adventistas durante la década de 1890.

Jones estaba orgulloso de su pasado militar. Cualquier título de gloria militar provenía de su participación en la guerra de Modoc, al norte de California, en 1873, durante la cual asegura que él y su pelotón “sirvieron una lluvia de balas” contra el enemigo, en un esfuerzo por proteger a un oficial herido.

El intrépido Jones pasaría el resto de su vida sirviendo “una lluvia de balas” a cualquier blanco que percibiera como enemigo.

Su personalidad y su estilo de confrontación hicieron mucho para fastidiar a sus oponentes. Elena de White, repetidas veces, le advirtió en contra de sus comentarios duros, pero a Jones se le hacía casi imposible distinguir entre la franqueza y la crudeza. Él aclaró este tema en 1901, cuando algunos desafiaron su candidatura a la presidencia de la Asociación de California porque su “franqueza y crudeza de expresión [...] lastimaban a la gente”. Jones se confesó culpable; pero señaló: “No puedo arrepentirme de eso, porque es simple cristianismo”.

Su aspereza hizo mucho en marcar la pauta para las reuniones de Minneapolis, cuando espetó a la delegación que él no debería hacerse responsable de la ignorancia de Urías Smith de ciertos detalles históricos sobre Daniel 7. Habiendo hecho su tarea, Jones sabía que estaba en lo cierto y subrayó su posición.

Si bien esa determinación hacia un patriarca de la iglesia no hizo mucho por su causa, su contundencia intrépida indudablemente lo ayudó en los pasillos del Congreso de los Estados Unidos y en otras partes, al luchar en contra de las inminentes leyes dominicales. Jones era un hombre que prosperaba en el fragor de la batalla.

¡Pero, de todos modos, Dios lo usó poderosamente!

Aquí encuentro algo importante para mí. Con todas mis faltas, Dios todavía puede usarme a mí (y a ti). Si bien es cierto, él desea cambiarnos si se lo permitimos, comienza con nosotros exactamente donde estamos.

Rostros viejos: conocamos a G. I. Butler

Porque siete veces cae el justo, y vuelve a levantarse; mas los impíos caerán en el mal. Proverbios 24:16.

Algunas personas son más duras que otras. Ese era el caso de George I. Butler, presidente de la Asociación General en 1888. En sus mejores momentos, pudo ser muy honesto consigo mismo. Quizás hizo su autoanálisis más preciso y perceptivo en 1886, cuando escribió: "Yo [...] naturalmente [tengo] [...] demasiado hierro en mi modo de ser", y no suficiente cantidad del amor de Jesús. "La escuela en la que he tenido que capacitarme para enfrentar cualquier clase de influencia", agregó, "ha sido muy favorable para mantener el hierro en mí, y hacerme inflexible".

Ese último comentario quizá nos ayude a entender la "dureza" de muchos de los dirigentes adventistas del siglo XIX. No era fácil conducir a un movimiento pequeño y despreciado, que no brindaba ninguna seguridad terrenal y que prácticamente no tenía instituciones para darle prestigio, en una era en la que el chasco millerita todavía era un recuerdo vivo entre la población en general. Solo los de fuerte voluntad podían triunfar cuando Butler comenzó con sus primeros cargos administrativos. Un hierro era una necesidad, para la mayoría de los pioneros adventistas, antes de que el adventismo llegase a ser una religión más "cómoda" y respetable.

Butler tenía lo que se necesitaba para sobrevivir en una época semejante, pero el precio por pagar había sido el "hierro". Así, en 1886 se describió como "un poco combativo". Al percibir, al comienzo de su controversia con Waggoner sobre Gálatas, que era muy beligerante, escribió a Elena de White diciendo que "él quería ser como Jesús: sabio, paciente, amable, de corazón tierno [y] franco", con "un amor por la justicia y la equidad para todos". Lamenta el hecho "de que todavía queda demasiada naturaleza humana en mí", y que "tengo grandes luchas con el viejo hombre". Butler quería que su naturaleza vieja "muriera, MURIERA TOTALMENTE".

Sin embargo, ese deseo fue de cumplimiento lento. Con él, como con la mayoría de nosotros, el proceso de santificación en realidad era obra de toda una vida. Al escribir a Kellogg en 1905, el anciano Butler señaló: "Soy un tipo bastante duro, pienso para mí. Usted le dio en la tecla al decir: 'Razonar con el pastor Butler es lo mismo que razonar con un poste, cuando apuesta a algo'".

Mi Padre, temo que hay un poco de Butler en mí. Ayúdame hoy a MORIR TOTALMENTE.

Rostros viejos: les vuelvo a presentar a Urías Smith

Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Mateo 11:29.

En 1888, Urías Smith, el cómplice de Butler en el poder, había sido secretario de la Asociación General durante todos los años desde 1863, salvo durante tres años. Más allá de eso, Smith había estado relacionado con la revista semioficial del adventismo (la *Review and Herald*) desde la década de 1850, y para 1888 había trabajado por casi 25 años como jefe editorial.

Además, era la autoridad incomparable sobre interpretación profética. Su *Thoughts on Daniel and the Revelation* [Pensamientos sobre Daniel y el Apocalipsis] era un éxito de ventas adventista, tanto entre los miembros de iglesia como entre los que no lo eran. Uno de los periódicos de Minneápolis-St. Paul señaló, al anunciar su llegada para las reuniones de 1888, que “el pastor Urías Smith [...] tiene la reputación de ser uno de los redactores y oradores más capaces del congreso; y además es un profundo erudito”.

Al igual que Butler, Smith se consideraba guardián de la ortodoxia de la iglesia. Enunció en forma sucinta su política editorial con relación a algunas de las nuevas ideas de A. T. Jones en 1892: “Luego de años de estudio y de observación en la obra, me he decidido por determinados principios, y no estoy preparado para tropezar por sugerencia de cada novicio”. Sin duda, esa había sido su postura frente a la “nueva teología” de Jones y Waggoner en 1888. Ni Smith ni Butler tenían la mínima inclinación a “tropezar” frente a las enseñanzas de los hombres, más jóvenes, de California; de hecho, resultó ser exactamente lo contrario.

Como hemos visto, ciertas características de Jones y de Waggoner no facilitaron las cosas. Elena de White les escribió una carta a comienzos de 1887, tratando de bajar el tono a su agresividad: “Al pastor [J. H.] Waggoner”, dijo, “le encantaban las discusiones y las polémicas. Temo que E. J. [Waggoner] haya cultivado ese mismo amor. Ahora necesitamos una religión bien humilde. E. J. W. necesita humildad, mansedumbre; y la influencia del hermano Jones puede hacer mucho bien si constantemente cultiva la piedad práctica” (*Carta 37*, 1887).

¿No es que todos necesitamos humildad? Una cosa es cantarle al Señor que nos haga humildes y mansos. Pero, otra totalmente diferente es aceptar el don.

Señor, ayúdanos.

El inicio del año 1888

Después vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón. Apocalipsis 13:11.

“**V**olvemos la mirada hacia el futuro”, escribió Urías Smith en su editorial de apertura de la *Review* en 1888. “El panorama, año tras año, se hace cada vez más claro y la evidencia, más segura, de que no hemos seguido fábulas ingeniosamente inventadas para dar a conocer la pronta venida del Señor. Las profecías están convergiendo a su cumplimiento. Los acontecimientos avanzan a una velocidad acelerada. La palabra de Dios está demostrando sus afirmaciones de veracidad y está consolando a todo creyente humilde con el pensamiento de que la esperanza cifrada en ella nunca puede fallar”.

El presidente de la Asociación General, G. I. Butler, compartía perspectivas similares con Smith. “Tenemos muchas razones para agradecer a Dios y animarnos al entrar en el año 1888”, escribió en enero. Al observar que los adventistas del séptimo día “nunca asumieron una postura sobre la exégesis bíblica a la que se hayan visto obligados a renunciar”, señaló que “cada año tenemos más evidencias de que estamos en lo cierto en nuestra interpretación de los grandes temas proféticos que nos distinguen como pueblo”.

En enero de 1888, también A. T. Jones, coeditor de la *Signs of the Times*, asumió la postura de que los acontecimientos de aquel entonces en relación con la unificación de la religión y el Estado en los Estados Unidos iban en “camino directo al cumplimiento de Apocalipsis 13:11 al 17”, con su enseñanza sobre la formación de la imagen de la bestia.

Los adventistas del séptimo día de todas partes estaban entusiasmados por la Segunda Venida a comienzos de 1888, ya que los acontecimientos de todas partes indicaban que pronto verían que la ley dominical nacional, predicha durante tanto tiempo, se convertiría en realidad.

La interpretación adventista de Apocalipsis 13 predecía una confrontación, en los últimos días, entre quienes honraran el verdadero día de reposo y los que simbólicamente siguieran a la bestia. Como resultado, los adventistas del séptimo día habían estado prediciendo públicamente, desde fines de la década de 1840, que finalmente sufrirían persecución por causa de su fidelidad al sábado bíblico.

En ese contexto histórico y teológico, no es demasiado difícil ver por qué Apocalipsis 14:12 (“Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús”) era su texto insignia, impreso en su totalidad debajo del encabezamiento de la *Review* durante casi un siglo. Dado este énfasis, es fácil comprender por qué eran sensibles a una legislación dominical.

Te agradecemos, Señor, por las profecías de Daniel y Apocalipsis. Ayúdame a estudiarlas más plenamente.

Persecución dominical por todos lados

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Mateo 5:10.

Durante la década de 1880, la legislación dominical y la persecución aumentaron en fuerza y magnitud. El problema emergió en forma explosiva en California en 1882, cuando la cuestión del domingo se convirtió en un tema importante en las elecciones de los Estados. Las consecuencias afectaron a los adventistas, cuando las autoridades locales arrestaron a Guillermo C. White por hacer funcionar la Pacific Press en día domingo.

Aunque California pronto repelió su ley dominical, la amenaza de leyes similares en toda la Nación impulsó a los adventistas del séptimo día a la acción. Quizá su medida más importante fue establecer lo que llegó a ser el *American Sentinel of Religious Liberty* [Centinela Norteamericano de Libertad Religiosa] (ahora llamado *Liberty* [Libertad]) en 1884, con la intención de encabezar la lucha contra la legislación dominical.

La escena de acción se trasladó a Arkansas en 1885. Entre 1885 y 1887, el Estado tuvo 21 casos relacionados con la profanación del domingo. Todos los casos, salvo dos, habían incluido a observadores del sábado; y las autoridades habían liberado a los acusados de esos dos casos sin fianza, y desestimaron sus casos. Sin embargo, para los adventistas, la fianza iba de 110 a 500 dólares cada una; una dura multa en una época en que un trabajador ganaba, aproximadamente, un dólar diario.

A. T. Jones concluyó que “no podría haber una demostración más clara de que la ley era usada solo como medio de desahogar despechos religiosos contra una clase de ciudadanos inocentes de todo delito, que solo profesaban una religión diferente de la de la mayoría”.

A finales de 1885, el eje central de la legislación dominical cambió a Tennessee, donde las autoridades arrestaron a una cantidad de adventistas a fines de la década de 1880 y a comienzos de la de 1890. Algunos, incluyendo pastores, trabajaban en cuadrillas, como delincuentes comunes.

El entusiasmo escatológico de los adventistas se intensificó en 1888, cuando el cardenal católico romano James Gibbons se unió a los protestantes, al elevar una petición al Congreso en favor de la legislación dominical nacional. Los protestantes estuvieron más que dispuestos a aceptar esa ayuda. “Cada vez que ellos [los católicos romanos] estén dispuestos a cooperar para resistir el progreso del ateísmo político”, proclamó el *Christian Statesman* [Estadista cristiano], “con gusto nos uniremos a ellos”.

La libertad religiosa es un don precioso. Debemos apreciarla y usarla, mientras todavía la tenemos.

El proyecto de ley dominical nacional

Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada. Apocalipsis 13:12.

El apogeo de la cuestión dominical llegó el 21 de mayo de 1888, cuando el senador H. L. Blair, de Nueva Hampshire, presentó en el Senado de los Estados Unidos un proyecto para la promoción de la observancia del “día del Señor” “como el día de adoración religiosa”.

El proyecto de ley dominical nacional de Blair fue la primera legislación de este tipo en entrar en el Congreso desde el establecimiento del movimiento adventista en la década de 1840. Cuatro días después, presentó una propuesta de enmienda para la Constitución de los Estados Unidos tendiente a cristianizar el sistema de escuelas públicas nacionales.

Los adventistas del séptimo día no pasaron por alto la importancia profética de los proyectos de Blair. El entusiasmo escatológico por causa del movimiento de la ley dominical sirvió como factor que contribuyó al aumento de las tensiones en el período anterior al Congreso de la Asociación General de 1888.

Esa crisis escatológica creó una atmósfera emocional directamente relacionada con otras dos cuestiones que surgirían en las reuniones de Minneápolis. La primera tenía que ver con la interpretación de la profecía, especialmente en el libro de Daniel; la segunda estaba relacionada con la clase de justicia necesaria para la salvación. Ese segundo tema se centraría en la función de la Ley de Dios en el plan de salvación, mientras los adventistas luchaban por saber cuál era el papel de esta en el libro de Gálatas.

Es imposible comprender el elevado tono de agitación de los participantes en las reuniones de 1888 sin captar el hecho de que los adventistas creían, debido a la crisis dominical, que ya habían afrontado el tiempo del fin.

S. N. Haskell escribió, poco antes del comienzo del congreso, que su libertad como observadores del sábado pronto les sería quitada, y que pronto podrían estar dando testimonio en cortes y prisiones.

Con eso en mente, no es difícil ver por qué algunos dirigentes adventistas reaccionaron de forma violenta y emocional cuando Jones y Waggoner comenzaron a cuestionar la validez de los aspectos de la interpretación corriente en la iglesia acerca de la profecía y su teología de la Ley. Esas cuestiones, razonaban, amenazaban la misma esencia de la identidad adventista, en un tiempo de crisis extrema.

Reaccionar y sobre-reaccionar a los problemas a menudo van de la mano. Que el Señor nos ayude no solo a conocer la diferencia, sino además a practicar una forma más saludable en nuestra vida en la iglesia y en nuestra vida privada.

La explosión de los diez cuernos

He aquí la cuarta bestia [...] era muy diferente de todas las bestias que vi antes de ella, y tenía diez cuernos. Daniel 7:7.

Bueno, quizá pienses: *Ese no es un gran texto para mi devoción diaria.*

Tienes razón. Pero, tiene una historia detrás que sacudió al adventismo en la década de 1880. Comenzó cuando el Congreso de la Asociación General de 1884 pidió a A. T. Jones que reuniera información histórica sobre el cumplimiento de la profecía, incluyendo los diez cuernos de Daniel 7.

Uías Smith estaba encantado de que Jones tuviese tiempo para hacerlo. Pero, su placer desapareció cuando el hombre más joven se diferenció de él en cuanto a la identidad de uno de los cuernos y, de ese modo, sugería que el listado tradicional estaba equivocado. Las cosas empeoraron cuando Jones publicó sus hallazgos en la *Signs*. Smith lo refutó en la *Review*, cuando el “debate” pasó de frío a caliente.

Y ¿por qué tanta preocupación por un detalle tan pequeño?

Permitamos que Smith responda. Indicó que si cambiaban lo que habían predicado por cuarenta años, la gente lo notaría y diría: “¡Oh! Ahora descubren que están equivocados en lo que consideraban uno de los puntos más claros; y así, si les damos suficiente tiempo, probablemente al final llegarán a reconocer que están errados en todo!” Y, con esa jugada, toda la interpretación profética que incluía la ley dominical nacional se desplomaría... O así razonaba Smith.

Jones, además, combatió el fundamento de la cuestión dominical, al observar que “la verdadera batalla de la verdad y por la verdad aún no ha comenzado”. Pero, el surgimiento de las leyes dominicales cambiaría todo eso. Las creencias adventistas del séptimo día durante la crisis del tiempo del fin se “convertirían en el principal tema de discusión [...]”. Entonces, nuestras creencias van a ser percibidas por los grandes del país. Luego, cada punto será analizado y desafiado [...]. Entonces tendremos [...] que presentar alguna razón mejor para nuestra fe que ‘ha sido predicada por cuarenta años’, o que el obispo Chandler así lo dice”.

Fue la crisis dominical lo que hizo que un tema aparentemente sin importancia, como la identidad de uno de los diez cuernos, fuese explosivo. A Smith y a Butler no les parecía de ninguna manera un buen momento para jugar públicamente con una interpretación de la profecía de larga data.

Uno de los hechos de la historia adventista es que incluso un *pequeño tema* puede sentar las bases para *grandes pugnas*, cuando la mente y el espíritu de las personas se enardecen durante un enfrentamiento poco edificante.

Ayúdanos, Padre, a obtener una perspectiva adecuada al leer tu Palabra y en nuestro trato con los demás.

La explosión de la ley en Gálatas -1

Así que la ley vino a ser nuestro guía, encargado de conducirnos a Cristo, para que fuéramos justificados por la fe. Pero ahora que ha llegado la fe, ya no estamos sujetos al guía. Gálatas 3:24, 25, NVI.

El hecho de que este pasaje pudiera causar una explosión adventista es un poco más fácil de ver que el de los diez cuernos de Daniel 7; especialmente, si leemos que el texto presupone que no había ninguna necesidad de la Ley después de la venida de Cristo, y no que la Ley siempre nos señala los pecados y, más allá de ellos, al Salvador.

Butler y sus amigos indudablemente temían la primera opción. Y eso sería grave, si la Ley fuese los Diez Mandamientos. Las tropas de Butler consideraban que esa interpretación era una amenaza para la misma esencia de la teología adventista: la continua sacralidad del día de reposo sabático está incrustada en la misma Ley moral. Por lo tanto, los dirigentes de la iglesia percibían que Jones y Waggoner estaban poniendo en peligro uno de los pilares centrales del adventismo.

Durante más de treinta años, la iglesia había sostenido la interpretación de la ley ceremonial. Y entonces, en medio de la crisis de la ley dominical, Waggoner tuvo que plantear una enseñanza que, según Butler y Smith, socavaba la misma base de su razón de observar el sábado, y así brindaba “gran ayuda y consuelo” a los enemigos adventistas que estaban en contra de la Ley.

Butler consideraba que la nueva enseñanza era “la cuña de entrada” por la que se podría “dejar entrar” un “diluvio” de cambios doctrinales y proféticos en la Iglesia Adventista.

Smith era uno en corazón y mente con Butler. Para él, “después de la muerte del hermano White, la mayor calamidad que cayó sobre nuestra causa fue cuando el Dr. Waggoner publicó sus artículos sobre el libro de Gálatas en la *Signs*”. Afirmó rotundamente que si la iglesia alguna vez cambiaba su postura sobre Gálatas, “conmigo no cuenten”, porque “aún no estoy preparado para renunciar al adventismo del séptimo día”.

A veces, el temor impulsa a nuestra teología a una lectura más cuidadosa de la Biblia. Cuando esto ocurre, a veces reaccionamos y perdemos la capacidad de leer el texto claramente.

Padre, ayúdanos a leer tu Palabra con ambos ojos abiertos y nuestras emociones en su lugar.

La explosión de la ley en Gálatas -2

Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Gálatas 3:26.

El hecho de que Elena de White hubiera tenido una visión en la que había identificado la ley de Gálatas en la década de 1850 complicaba aún más el conflicto. Butler y Smith aseguraban que ella la había especificado como la ley ceremonial. Ella respondió que recordaba la visión, pero, como no había registro escrito, no recordaba lo que había dicho, y que debían abandonar el tema porque no era importante. Para ella, era una “mera mota” de un problema. Su preocupación no era la ley, sino “presentar a Jesús y su amor ante mis hermanos, porque vi señaladas evidencias de que muchos no tenían el espíritu de Cristo” (*Manuscrito 24, 1888*).

Esa conversación enardeció aún más a Butler y a Smith, quienes ahora acusaron a Elena de White de cambiar de opinión. E insinuaron que ningún profeta verdadero podría hacer eso; por lo tanto, su don profético también fue objeto de críticas por parte de los dirigentes de la iglesia, en un momento ya tenso.

Pero, no era la primera vez, en la década de 1880, que Smith se había disgustado con la profetisa adventista. En 1882 se había alborotado por un testimonio que criticaba su manejo de Goodloe Harper Bell, en el Colegio de Battle Creek. En ese entonces, había llegado a la conclusión de que no todo lo que ella escribía era de Dios: el consejo de ella era inspirado solamente si decía “Vi”. Así que, a menos que dijeran “Vi”, las cartas que ella le enviaba eran buenos consejos, simplemente; o un mal consejo, según Smith, en el caso de Bell.

A mediados de la década de 1880, en medio del conflicto de Gálatas, Butler se había unido a Smith en su opinión resentida respecto de los “malos consejos” de Elena de White.

Elena de White, por supuesto, tenía su propia opinión al respecto. “Si las opiniones preconcebidas o las ideas particulares de algunos son contradichas al ser reprendidas por los testimonios, ellos sienten inmediatamente la necesidad de hacer clara su posición para discriminar entre los testimonios, definiendo lo que es el juicio humano de la hermana White y lo que es la Palabra de Dios. Cualquier cosa que sostenga sus ideas acariciadas es divina, y los testimonios que corrigen sus errores son humanos: son las opiniones de la hermana White. Anulan el efecto del consejo de Dios con su tradición” (*Manuscrito 16, 1889*).

Protégenos, oh Dios, de nosotros mismos.

Estruendos de guerra en 1886

Estruendo de guerra en la tierra. Jeremías 50:22.

Butler salió a resolver los conflictos por la ley de Gálatas y los diez cuernos de Daniel 7 a finales de 1886. Primero, escribió una serie de cartas para que Elena de White se pusiera de su lado. Segundo, preparó un “breve comentario” sobre Gálatas, que en realidad fue un libro de 85 páginas titulado *The Law in the Book of Galatians* [La ley en el libro de Gálatas], que desafiaba la postura de Waggoner.

Tercero, trató de usar el Congreso de la Asociación General de 1886 con el fin de poner en su lugar las “falsas enseñanzas” de Jones y Waggoner, y así hacer que la iglesia retomara el rumbo. El presidente de la Asociación General entregó un ejemplar de su libro a cada asistente. Lo más importante es que organizó una comisión teológica para resolver los temas debatidos, de una vez por todas.

Pero, la esperanza de Butler de una declaración de credo que establecería para siempre la verdad sobre los puntos controvertidos se vio frustrada. La comisión de nueve miembros se dividió en cinco a cuatro. “Discutimos durante varias horas”, informó Butler, “pero ninguna de las partes estaba convencida”. La siguiente duda, señaló, “era si debíamos presentarlo ante el Congreso y tener una gran pelea pública al respecto”. Al ser un astuto político, se dio cuenta de que ese accionar únicamente causaría más problemas.

Tanto Butler como Elena de White recordarían el Congreso de la Asociación General de 1886 como aquel “congreso terrible”. Si bien él señaló que la reunión fue una de las más tristes a las que hubiese asistido, ella destacó que “Jesús estaba apenado y herido en la persona de sus santos”. Especialmente, se sintió molesta por la “dureza”, la “falta de respeto y de amor compasivo de hermano a hermano” (*Carta 21, 1888; Manuscrito 21, 1888*). La dinámica de las reuniones de Minneapolis ya estaba establecida.

La baja más grave de la reunión de 1886 fue D. M. Canright, un firme defensor de la postura de Butler sobre la Ley. Aparentemente, entendió que la postura tradicional del adventismo tenía problemas. Había reconocido que Butler y sus amigos estaban “exaltando la Ley por encima de Cristo”. Pero, en vez de adoptar la creencia de Waggoner de que los Diez Mandamientos conducen a las personas hacia Cristo, Canright abandonó el adventismo y la Ley, y se transformó en el antagonista más agresivo de la iglesia.

No hay ningún tema más importante que la exaltación de Jesús.

Guíanos, Señor, mientras meditamos, en la historia adventista, sobre el lugar de Cristo en nuestra vida.

Elena de White trata de equilibrar las cosas

Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad. Mateo 5:5.

Elena de White estaba cada vez más preocupada por su iglesia y hacia dónde esta se dirigía. Expuso algunos de sus pensamientos y temores en una carta dirigida a Jones y a Waggoner el 18 de febrero de 1887. “Hay peligro de que nuestros ministros se ocupen demasiado de las doctrinas, predicando demasiados discursos acerca de temas debatidos, cuando su propio ser necesita de la piedad práctica [...]. Las maravillas de la redención se consideran muy livianamente. Necesitamos que estos temas sean presentados más plena y continuamente [...]. Hay peligro de que los discursos y los artículos sean como la ofrenda de Caín: sin Cristo” (*Carta 37, 1887*).

Parte de su carta era un reprimenda para Jones y Waggoner por hacer públicas varias cuestiones en un tiempo de crisis, y por cierto acerca de sus rasgos de carácter indeseables. Ambos hombres respondieron de forma positiva, y humildemente se disculparon por sus faltas públicas y privadas.

Una copia de la carta que reconvenía a Jones y a Waggoner fue enviada a Butler. Enfervorizado por su contenido, erróneamente la interpretó como una confirmación de su postura sobre la Ley. En su euforia, escribió a Elena de White que en realidad había llegado a “amar” a esos dos jóvenes, y señaló que sentía pena por ellos. “Siempre me compadezco de los que sufren un chasco fuerte”. A pesar de su “compasión”, Butler publicó jubilosamente un artículo agresivo en la *Review* del 22 de marzo, promocionando su postura sobre las dos leyes.

Por decirlo de alguna manera, el uso que Butler hizo de la carta a Jones y a Waggoner molestó a la señora de White. El 5 de abril de 1887, lanzó una carta a Butler y a Smith, afirmando que la única razón por la cual les envió una copia de su carta a los hombres más jóvenes era que ellos necesitaban seguir las mismas advertencias en cuanto a hacer públicas las desavenencias. Pero, ahora que Butler había vuelto a abrir la batalla públicamente, era justo dar una oportunidad a Waggoner de presentar su postura.

Cuando Elena de White comenzó a ver los problemas con mayor claridad, se volvió más agresiva hacia los métodos prepotentes de los dirigentes de la Asociación General. “Debemos trabajar como cristianos”, escribió. Siempre rindiéndonos a la verdad bíblica, “queremos llenarnos de la plenitud de Dios, y tener la mansedumbre y la humildad de Cristo” (*Carta 13, 1887*).

Eso necesitamos cada uno de nosotros todavía.

Ayúdanos, Señor, a tener tu humildad y tu espíritu, aun en tiempos de conflictos teológicos.

El espíritu de los fariseos

Honra es del hombre dejar la contienda. Proverbios 20:3.

Elena de White declaró: “Noté desde el mismo comienzo de la reunión [en Minneapolis] un espíritu que me preocupó”; una actitud que nunca antes había visto entre sus hermanos líderes y pastores. Le molestó que fuese “tan diferente del espíritu de Cristo, tan contrario al espíritu que debería manifestarse mutuamente, que llenó mi alma de angustia” (*MS 3*: 184, 198). Llegó a pensar que esa hostilidad era el “espíritu de Minneapolis”, o el “espíritu de los fariseos”. Es esencial comprender la actitud manifestada en Minneapolis, si deseamos entender la dinámica de las reuniones de 1888 y la posterior historia adventista.

Una descripción compuesta acerca del espíritu de Minneapolis, según la representó la señora de White, tendría las siguientes características. Primero, mostraba sarcasmo y bromas hacia el componente reformista de la iglesia. Algunos, por ejemplo, se referían a Waggoner como “la mascota de la hermana White”. Segundo, daba lugar a las críticas. Tercero, muchos manifestaban malas sospechas, odio y celos. Cuarto, sus poseedores estaban “embriagados con el espíritu de resistencia” a la voz del Espíritu. Quinto, llevaba a quienes lo tenían a hablar de una manera calculada para enardecer a los demás, en relación con aquellos que tenían creencias doctrinales contrarias. Sexto, generaba contención y debate doctrinal, en lugar del espíritu de Jesús. Séptimo, generaba una actitud que llevaba a “juegos de palabras” y a “sutilezas de palabras” en los debates doctrinales. En síntesis, el espíritu manifestado “era descortés, poco caballero y poco cristiano”.

Una de las cosas más notables sobre el espíritu de Minneapolis es que fue el resultado de un deseo de proteger los antiguos “hitos” doctrinales. Elena de White deploraba el hecho de que “una diferencia en la aplicación de algunos pasajes bíblicos hace que los hombres se olviden de sus principios religiosos” (*Manuscrito 30*, 1889). “Dios me libre de sus ideas [...]”, declaró, “si la recepción de esas ideas me haría tan anticristiana en mi espíritu, palabras y obras” (*Manuscrito 55*, 1890).

La tragedia de Minneapolis fue que, al tratar de conservar la pureza doctrinal del adventismo y sus interpretaciones bíblicas tradicionales, los líderes de Battle Creek habían perdido su cristianismo.

Sálvanos, oh Señor, del espíritu de los fariseos. Cólmanos con el espíritu de Jesús en todo lo que hagamos hoy.

La mayor necesidad del adventismo

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Mateo 5:6.

“**L**a mayor y más urgente de todas nuestras necesidades”, escribió Elena de White en 1887, “es la de un reavivamiento de la verdadera piedad en nuestro medio. Procurarlo debería ser nuestra primera obra”. Sin embargo, observó que muchos adventistas no estaban preparados para recibir la bendición de Dios, y que muchos necesitaban convertirse. “No hay nada que Satanás tema tanto como que el pueblo de Dios despeje el camino quitando todo impedimento, de modo que el Señor pueda derramar su Espíritu sobre una iglesia decaída y una congregación impenitente” (*RH*, 22 de marzo de 1887).

A fines de la década de 1880, Elena de White había estado profundamente preocupada por la condición del adventismo. Había demasiados dirigentes y miembros que poseían una teoría de la verdad, pero que no comprendían la verdad en sí.

Esa preocupación no era nueva en sus escritos. En 1879, había escrito que “sería bueno que dedicásemos una hora de meditación cada día para repasar la vida de Cristo desde el pesebre hasta el Calvario [...]. Al contemplar así sus enseñanzas y sus sufrimientos, y el sacrificio infinito que hizo para la salvación de la familia humana, podemos fortalecer nuestra fe, vivificar nuestro amor e imbuirnos más profundamente del espíritu que sostuvo a nuestro Salvador. Si queremos ser salvos, todos debemos aprender al pie de la cruz la lección de penitencia y fe”. Siguió diciendo que anhelaba “ver a nuestros ministros espaciándose más en la cruz de Cristo” (*TI* 4: 367, 368).

El mismo énfasis sonó a verdad en el Congreso de la Asociación General de 1883, en el que la hermana White dijo a los pastores reunidos que “debemos aprender en la escuela de Cristo. Solo su justicia puede darnos derecho a una de las bendiciones del pacto de la gracia. Durante mucho tiempo hemos deseado y procurado obtener esas bendiciones, pero no las hemos recibido porque hemos fomentado la idea de que podríamos hacer algo para hacernos dignos de ellas. No hemos apartado la vista de nosotros mismos, creyendo que Jesús es un Salvador viviente” (*MS* 1:412).

Una vez más, escribió en vísperas de las reuniones de Minneápolis: “Lo principal de nuestro mensaje debe consistir en la misión y la vida de Jesucristo” (*RH*, 11 de septiembre de 1888).

La mayor carencia del adventismo en la década de 1880 era la de Jesús y su amor. Todavía continúa siendo la mayor necesidad.

Hacer notar el problema

Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad. 2 Timoteo 2:15.

El 5 de agosto de 1888, dos meses antes del inicio de las reuniones de la Asociación General, Elena de White escribió una carta poderosa a los “Queridos hermanos que se reunirán en la Asociación General”, con la que metió el dedo en los problemas viscerales del enfrentamiento teológico. Escucha con atención sus preocupaciones y los temas.

“Con humildad de mente, con el Espíritu de Cristo, escudriñen las Escrituras cuidadosamente, para ver cuál es la verdad. La verdad no puede perder nada con una investigación a fondo. Que la Palabra de Dios hable por sí misma, que sea su propio intérprete [...].

“Hay una maravillosa [es decir, asombrosa] pereza, que es permitida por una gran clase de nuestros pastores que están dispuestos a que otros [es decir, Smith y Butler] escudriñen las Escrituras por ellos; y toman la verdad de sus labios como un hecho positivo, pero no saben si es la verdad bíblica por su propia investigación personal ni por las profundas convicciones del Espíritu de Dios sobre su corazón y mente [...].

“Nuestro pueblo, en forma individual, debe entender la Biblia más a fondo, porque por cierto serán llamados a presentarse ante concilios, serán criticados por mentes agudas y críticas. Una cosa es dar su consentimiento a la verdad, y otra cosa es, mediante un examen minucioso como estudiosos de la Biblia, saber cuál es la verdad [...].

“Muchos, muchos se perderán porque no han estudiado su Biblia de rodillas, con oración ferviente a Dios para que el ingreso de la Palabra de Dios pueda dar luz a su comprensión [...].

“Uno de los obstáculos más grandes para nuestro éxito espiritual es la gran falta de amor y respeto demostrado por el otro [...] es la obra del enemigo crear un espíritu festivo, y tener sentimientos festivos, y algunos creen que están haciendo la obra de Dios al reforzar el prejuicio y los celos entre los hermanos [...].

“La Palabra de Dios es la gran detectora de errores, ante la cual debemos traer todas las cosas. La Biblia debería ser la norma de cada doctrina y práctica. Deberíamos estudiarla con reverencia. No deberíamos recibir opinión alguna sin antes compararla con las Escrituras. En asuntos de fe, es la autoridad divina y suprema” (*Carta 20, 1888*).

En esos pensamientos hallamos nuestras órdenes de marcha para hoy.

La “conspiración de California”

Jesús entonces, conociendo los pensamientos de ellos, respondiéndoles dijo: ¿Qué caviláis en vuestros corazones? Lucas 5:22.

Pensar *puede* ser algo bueno.

Pero, no necesariamente es bueno. Esto es especialmente cierto cuando es estimulado por teorías de la conspiración.

Fue ese pensamiento el que abrumó a Butler y a sus amigos en vísperas del Congreso de la Asociación General de 1888. El fósforo que inició el fuego de la conspiración fue una carta de California de fines de septiembre, de parte del pastor William H. Healey para George I. Butler, que sugería que los dirigentes del oeste (Jones, Waggoner, Guillermo C. White y Elena de White) de la iglesia habían fraguado un ardid para cambiar la teología de la iglesia.

Antes de recibir la carta de Healey, Butler parece que estaba emocionalmente estable. No le gustaba pensar en los puntos controvertidos de Daniel y Gálatas que se venían en disputa, pero las cartas de agosto de Guillermo y Elena de White lo habían convencido de la necesidad de darles cabida.

Sin embargo, el presidente de la Asociación General, que ya estaba tenso, quedó devastado cuando recibió lo que le pareció la noticia de una conspiración, organizada pocos días antes de la inauguración del Congreso de Minneapolis. De repente, los acontecimientos de los últimos dos años parecieron tener sentido para él: la razón de que los White hubiesen presionado tanto para conseguir una audiencia para la nueva teología de Jones y Waggoner era que estaban todos juntos en esto. Sin duda, concluyó Butler, aquí había una conspiración de lo más peligrosa, y una amenaza para las creencias adventistas que pasaron la prueba del tiempo.

Ese razonamiento llevó a Butler a un arrebató de frenética actividad a última hora. Organizó a sus tropas para resistir lo que creía que era la coalición occidental, despachando una serie de telegramas y cartas a los delegados, con el objetivo de advertirles de la conspiración e instarlos a “defender los antiguos hitos”.

Mientras tanto, los White, Waggoner y Jones, y los demás delegados de California, ignoraban el hecho de que las tropas de Battle Creek los consideraban conspiradores. Como dijo Guillermo White, él era más “inocente que un ganso” en cuanto al malentendido; desconocimiento que pronto hizo que los occidentales, sin saberlo, favorecieran el juego de los defensores de la teoría de la conspiración.

Pensar correctamente ya es bastante difícil. Pero, cuando el pensamiento está contaminado con teorías conspirativas, se hace emocionalmente imposible. Todavía debemos ser conscientes de ese pensamiento, y orar para que la gracia de Dios nos libre de eso.

Un líder confundido

Porque donde hay envidias y rivalidades, también hay confusión y toda clase de acciones malvadas.

Santiago 3:16, NVI.

Hablemos de *confusión*.

Esa misma palabra describe la mente del presidente de la Asociación General, George I. Butler, en vísperas del Congreso de la Asociación General de 1888. Influenciado por los pensamientos de la "conspiración de California", espetó una carta escrita a máquina de 42 páginas a Elena de White el 1º de octubre, pocos días antes de las reuniones, que, en el mejor de los casos, revela un estado mental de total confusión.

Después de expresar que estaba sufriendo de "agotamiento nervioso" y que, debido a que su "fuerza nerviosa se había agotado", "debía abandonar todos los puestos de responsabilidad en la causa", atacó a Elena de White, diciéndole que ella era la causa de su "condición actual más que ninguna otra cosa".

Butler estaba especialmente indignado por su supuesto revés sobre la naturaleza de la ley en Gálatas. Por decirlo de algún modo, estaba obsesionado con el tema.

"El principio de esta duda que ha estado en la costa del Pacífico durante los últimos cuatro años", escribió, "está cargado de maldad y solo maldad. Creo firmemente que se descubrirá que es la causa del desconcierto en la mente de muchos de nuestro pueblo, que acabará con su fe en la obra como una unidad, y que las almas se perderán y abandonarán la verdad a causa de esto, y que se abrirá una puerta ancha para otras innovaciones venideras que derribarán nuestras antiguas posturas de fe.

"Y la forma en que se ha manejado tenderá a truncar la confianza de nuestro pueblo en los mismos Testimonios. Y creo que todo este asunto hará más por acabar con la confianza en su obra que ninguna otra cosa que haya ocurrido desde que existe esta causa [...]. Acabará con la fe de muchos de nuestros principales obreros, en los Testimonios".

Continuó culpando a Guillermo White por gran parte del problema, y manifestó que Jones y Waggoner debían ser "reprendidos públicamente".

Butler creía que había sido "asesinado en casa de sus amigos". Mental y físicamente destrozado, no asistiría al congreso de 1888.

Y todo por una cuestión que Elena de White le había dicho que no era importante.

Así son los hechos de la historia.

Quizá nos hayamos sorprendido con Butler. Pero, cuántos nos hemos amargado por las aristas teológicas de la Biblia hasta hallarnos en un estado similar de enfermedad espiritual y mental. Que tengamos la gracia de Dios no para especializarnos en nimiedades, sino para centrarnos en los grandes temas trascendentes de la Escritura.

El mensaje de 1888 -1

Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo. Juan 12:32.

En estos días escuchamos mucho acerca del mensaje de 1888. ¿Qué fue? ¿Qué es? Quizás el mejor resumen haya aparecido en una carta que Elena de White escribió pocos años después de las reuniones de Minneapolis. Lee y escucha con los oídos de tu corazón.

“En su gran misericordia, el Señor envió un preciosísimo mensaje a su pueblo por medio de los pastores Waggoner y Jones. Este mensaje tenía que presentar en forma más destacada ante el mundo al *sublime Salvador*, el *sacrificio* por los pecados del mundo entero. Presentaba la *justificación por la fe* en el *Garante*; invitaba a la gente a recibir la *justicia de Cristo*, que se manifiesta en la obediencia a todos los mandamientos de Dios. *Muchos habían perdido de vista a Jesús*. Necesitaban dirigir sus ojos a su *divina Persona*, a sus méritos, a su amor inalterable por la familia humana. Todo el poder es colocado en sus manos, y él puede dispensar ricos dones a los hombres, impartiendo el inapreciable *don* de su propia *justicia* al desvalido agente humano. *Este es el mensaje que Dios ordenó que fuera dado al mundo*. Es el mensaje del tercer ángel, que ha de ser proclamado en alta voz y acompañado por el abundante derramamiento de su Espíritu.

“El *exaltado Salvador* ha de aparecer en su obra eficaz como el Cordero inmolado, sentado en el Trono, para dispensar las inapreciables bendiciones del Pacto, los beneficios que pagó con su vida en favor de toda alma *que había de creer en él*. Juan no pudo expresar ese amor en palabras porque era demasiado profundo, demasiado ancho, e invitó a la familia humana a contemplarlo. Cristo está intercediendo por la iglesia en los atrios celestiales, abogando en favor de aquellos por quienes pagó el precio de la redención con su propia sangre. Los siglos y las edades nunca podrán aminorar la eficacia de este sacrificio expiatorio” (*TM* 91, 92; énfasis añadido).

¡Qué mensaje!

Los adventistas habían exaltado el sábado, el Santuario, el estado de los muertos, la Segunda Venida; *pero* no habían exaltado lo suficiente a la única Persona que hacía que todo lo demás fuese significativo.

En pocas palabras, Elena de White se sumó a Jones y a Waggoner en un llamado al adventismo a cambiar su enfoque. Tú ¿ya lo has hecho? Si no, ¿por qué no todavía?

El mensaje de 1888 -2

Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús. Romanos 3:24.

Continuamos desde donde dejamos ayer, en lo que indudablemente es el mejor resumen de la importancia del mensaje de 1888 de Jones y Waggoner.

“El mensaje del *evangelio de su gracia* tenía que ser dado a la iglesia con contornos claros y distintos, para que *el mundo no siguiera afirmando que los adventistas del séptimo día hablan mucho de la Ley, pero no predicán a Cristo ni creen en él.*

“La eficacia de la *sangre de Cristo* tenía que ser presentada al pueblo con poder renovado, para que su *fe* pudiera echar mano de los méritos de esa sangre. Así como el sumo sacerdote asperjaba la sangre caliente sobre el Propiciatorio, mientras la fragante nube de incienso ascendía delante de Dios, de la misma manera, mientras confesamos nuestros pecados e invocamos la eficacia de la *sangre expiatoria* de Cristo, nuestras oraciones han de ascender al cielo con la fragancia de los méritos del carácter de nuestro Salvador. A pesar de nuestra indignidad, siempre hemos de tener en cuenta que *hay Uno que puede quitar el pecado y salvar al pecador.* Cristo quitará todo pecado reconocido delante de Dios con corazón contrito. *Esta creencia es la vida de la iglesia [...].*

“A menos que haga de la contemplación del exaltado Salvador la gran ocupación de su vida, y por la fe acepte los méritos que tiene el privilegio de reclamar, el pecador no tendrá mayores posibilidades de ser salvado que las que Pedro tenía de caminar sobre las aguas sin mirar constantemente a Jesús. Siempre ha sido el firme propósito de Satanás eclipsar la visión de Jesús e inducir a los hombres a mirar al hombre, a confiar en el hombre y a esperar ayuda del hombre. Durante años, la iglesia ha estado mirando al hombre y esperando mucho del hombre, *en lugar de mirar a Jesús, en quien se cifran nuestras esperanzas de vida eterna.* Por eso, Dios entregó a sus siervos un testimonio que presentaba con contornos claros y distintos *la verdad como es en Jesús*, que es el mensaje del tercer ángel [...]. Este es el testimonio que debe circular por toda la longitud y la anchura del mundo. Presenta la Ley y el evangelio, vinculando ambas cosas en un conjunto perfecto” (TM 92-94).

El contundente pensamiento del mensaje de 1888 era exaltar a Jesús. Eso es algo que nunca podremos exagerar. Exáltalo hoy en tu trabajo, en tu familia, en tus juegos... en todo tu ser. Permite que verdaderamente sea el Salvador y el Señor de tu vida.

El mensaje de 1888 -3

En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros. Juan 13:35.

Durante los últimos dos días hemos estado examinando el corazón del mensaje de 1888 a partir de una carta escrita en 1895. Hoy queremos verlo desde una página del diario que Elena de White escribió en febrero de 1891.

“Muchos de nuestros predicadores”, reflexionó, “se han contentado con hacer meramente sermones, presentando temas de una manera argumentativa, haciendo escasa mención del poder salvador del Redentor. Su testimonio estaba desprovisto de la sangre salvadora de Cristo. Su ofrenda se parecía a la de Caín [...].

“¿Por qué no se lo presenta a la gente como el Pan de vida? Porque no habita en el corazón de muchos de los que piensan que es su deber predicar la Ley [...]. La iglesia ha estado hambrienta del Pan de vida.

“De todos los cristianos profesos, los adventistas del séptimo día deberían ser los primeros en exaltar a Cristo ante el mundo [...]. La Ley y el evangelio, armonizados, convencerán de pecado. La Ley de Dios, si bien condena el pecado, señala al evangelio, revelando a Jesucristo [...]. En ningún discurso deben divorciarse [la Ley y el evangelio] [...].

“¿Por qué, entonces, en la iglesia se manifiesta una falta de amor tan grande [...]? Es porque Cristo no es presentado constantemente delante de la gente. Sus atributos de carácter no son llevados a la vida práctica [...].

“Existe el peligro de presentar la verdad de manera que se exalte el intelecto, dejando insatisfechas las almas de los oyentes. Quizá se presente una teoría correcta de la verdad, y sin embargo es posible que no se manifieste la calidez del afecto que el Dios de verdad requiere [...].

“La religión de muchos es muy similar a un carámbano: fría como un glaciar [...] no pueden tocar el corazón de los demás, porque su corazón no está recargado con el bendito amor que fluye del corazón de Cristo. Hay otros que hablan de religión como una cuestión de voluntad. Se explayan en el deber riguroso, como si fuese un amo que gobierna con un cetro de hierro: un amo severo, inflexible, todopoderoso, desprovisto del amor dulce y fundente, y de la tierna compasión de Cristo” (*Manuscrito 21*, 1891).

Ayúdanos, Padre, a captar la esencia de lo que es el evangelio y de lo que debe hacer en nuestra vida. Amén.

En el Congreso de la Asociación General -1

El hermano ofendido es más tenaz que una ciudad fuerte, y las contiendas de los hermanos son como cerrojos de alcázar. Proverbios 18:19.

No todas las reuniones de la iglesia son igualmente agradables. Las reuniones de Minneápolis, lamentablemente, tuvieron un balance negativo.

El *Journal* de Minneápolis del 13 de octubre pregonó que los adventistas eran “un pueblo peculiar que guarda el sábado como el domingo, venera a una profetisa y cree que el fin del mundo está cercano”.

El *Journal* del 19 de octubre informó que los adventistas “abordan los problemas difíciles de la teología con casi el mismo afán con que un hombre serio arremete contra un atado de leña”. El periódico podría haber agregado que eran casi igual de amables entre sí, en su diálogo teológico. El espíritu agresivo evidenciado era exactamente lo que Elena de White había temido que podría ocurrir.

El Congreso de la Asociación General de 1888 se congregó en el nuevo templo adventista construido en Minneápolis, Minnesota, del 17 de octubre al 4 de noviembre. Un concilio ministerial que duró del 10 al 17 de octubre precedió al congreso formal de la Asociación General. Si bien los asuntos tratados se restringieron a la sesión formal, los debates teológicos se extendieron a través de ambas reuniones. Waggoner señaló, casi al cierre del congreso, que los tres puntos teológicos de la agenda habían sido los diez cuernos de Daniel 7, el Papado y la propuesta de ley dominical, y “la Ley y el evangelio, en sus diversas relaciones, bajo el título de justificación por la fe”.

De esos tres, el único que no dividió a las autoridades adventistas en Minneápolis fue el tema de la libertad religiosa. Todos estuvieron de acuerdo en que la propuesta de ley dominical nacional representaba una señal siniestra de la historia profética relacionada con Apocalipsis 13 y 14. Como resultado, nadie cuestionó los sermones de A. T. Jones sobre libertad religiosa.

El congreso adoptó tres medidas en cuanto a la cuestión del domingo: publicar los sermones de Jones sobre el tema, patrocinarlo en una gira de conferencias para presentar el tema y pedirle que encabezara una delegación de tres, para dar testimonio ante la comisión correspondiente del Senado de los Estados Unidos.

De modo que, al concluir el congreso, Jones estaba yendo por buen camino para convertirse en un defensor de la libertad religiosa de tiempo completo, cargo en el que haría algunas de sus contribuciones más importantes a la Iglesia Adventista.

Padre, cólmanos, especialmente en tiempos difíciles, con tu Espíritu, de modo que aprendamos a trabajar con los demás de forma más eficiente.

En el Congreso de la Asociación General -2

De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe. Gálatas 3:24.

No salió mucha luz teológica del debate sobre los diez cuernos de Daniel 7 en Minneapolis. Su principal contribución fue la tensión, cuando Smith pronunció que incluso analizar el tema era “absolutamente innecesario” y se estaba “haciendo pedazos la antigua verdad”; Jones proclamó que él no se haría responsable de la ignorancia de Smith en determinados temas; y Elena de White respondió: “No tan tajante, hermano Jones; no tan tajante”.

Por otro lado, hubo un auténtico progreso teológico en el sentido de llegar a una interpretación de la justificación por la fe. Uno de los hechos interesantes de las reuniones de 1888 fue que, aunque las partes contrincantes entraron en las reuniones con el asunto de la ley de Gálatas en la frente, el principal resultado de los encuentros fue un nuevo énfasis en la justificación por la fe. Cómo ocurrió eso, ha sido un misterio para muchos.

Waggoner debería recibir reconocimiento por el nuevo rumbo que tomó el tema. Tomó la decisión estratégica de no simplemente debatir el tema de la ley de Gálatas, sino también de plantear el tema de la salvación en términos de la Ley y el evangelio, para luego analizar el libro de Gálatas en ese contexto.

Por lo tanto, aunque Waggoner hizo al menos nueve presentaciones sobre temas de evangelio y Ley, las primeros cinco o seis se centraron en la justificación por la fe; solo después de eso se ocupó más específicamente de Gálatas. Eso hizo que el tema de Gálatas quedara en segundo plano y que el tema de la salvación tomara la delantera.

Según la teología de Waggoner, la ley de los Diez Mandamientos nos lleva “a Cristo, *para que podamos ser justificados mediante la fe*”. Elena de White lo respaldaba en ese punto. Dijo a los delegados: “Veo la belleza de la verdad en la presentación de la justicia de Cristo en relación con la Ley, como el doctor nos la ha presentado [...]. Armoniza perfectamente con la luz que Dios se ha complacido en darme durante todos los años de mi experiencia” (*Manuscrito* 15, 1888).

En ese pasaje, Elena de White resaltó lo que consideraba como una de las contribuciones más importantes de Waggoner a la teología adventista. Él había construido un puente entre la Ley y el evangelio, al explicitar la función evangélica de la ley de los Diez Mandamientos.

La Ley todavía funciona de ese modo en nuestra vida: no solo mantiene el ideal de Dios, sino además conduce hacia Cristo a quienes no llegan a ese ideal, en procura de perdón y justificación.

Cómo hacer teología: apelaciones a la autoridad humana -1

¿Qué dice la Escritura? Romanos 4:3.

¿Qué tiene para decir la Biblia sobre este tema? Ese era el interrogante de Pablo al pensar en la justificación por la fe en el libro de Romanos. También había sido el planteo de los primeros adventistas sabatarios. Al ser un pueblo radicalmente comprometido con la Biblia, se había negado a usar la tradición, la autoridad eclesiástica, la experiencia académica o cualquier otra forma de autoridad religiosa para resolver sus interrogantes teológicos. Era el pueblo de un Libro.

Las cosas habían cambiado entre los dirigentes adventistas a fines de la década de 1880. En la era Minneapolis, intentaban usar al menos cuatro formas de autoridad humana con el fin de resolver las controversias teológicas que preocupaban a la iglesia.

La primera se centraba en la *posición autoritativa*. Butler, con su voluntad férrea, era especialmente susceptible a ese enfoque. Su concepto de que los líderes tenían “criterios más claros” y posturas más importantes que los seguidores lo preparó para ciertos abusos de autoridad. Elena de White lo reprendió, en octubre de 1888, por favorecer a quienes concordaban con él, mientras que miraba con sospechas a los que “no se sentían obligados a recibir las impresiones e ideas de los seres humanos, [actuando] solo como ellos actúan, [hablando] solo como ellos hablan, [pensando] solo como ellos piensan y, de hecho, [volviéndose] poco menos que máquinas” (Carta 21, 1888).

El enfoque del presidente de la Asociación General, al incentivar a los adventistas “a mirar a un solo hombre para que piense por ellos, para que sea su conciencia”, a los ojos de la señora de White, había creado demasiados débiles, que se convertían en “incapaces de permanecer en su puesto del deber” (Carta 14, 1891).

Al denigrar la postura autoritativa en temas doctrinales y bíblicos, Elena de White señaló, en diciembre de 1888, que “no deberíamos considerar que el pastor Butler ni el pastor Smith son los guardianes de las doctrinas de los adventistas del séptimo día, y que nadie puede atreverse a expresar una idea que difiera de la de ellos. Mi clamor ha sido: *Investiguen las Escrituras por su cuenta* [...]. *Ningún hombre debe ser una autoridad para nosotros*” (Carta 7, 1888; énfasis añadido).

Y así es. La Palabra de Dios, según se encuentra en la Biblia, es la autoridad para todo creyente. Así fue en 1888. Y así lo es todavía hoy. Con eso en mente, con el apóstol, necesitamos comenzar cada día con un “¿Qué dice la Escritura?”